

CONDICIONES.

Este periódico se publica los jueves.
Precio de suscripción en la capital, por
cinco números, pago adelantado.... 25 rs.
En los Estados, franco de porte..... 37 ..

PUNTO DE INSCRICIÓN.

Deposito del periódico, calle de Balvanera,
bajo del núm. 4, relojería.
Imprenta en la calle de Tlaxiote núm. 18.
Taller de Tipografía, calle de Coahuila núm. 11.
Almacén "La Cucha," portal del Refugio.
Remborsaría mexicana, Puente de Jesus Na-
saron núm. 2.

EL PUEBLO

PERIODICO INDEPENDIENTE

NUMEROTICA NACIONAL
MEXICO

Y CONSAGRADO A PROMOVER TODO LO QUE INTERESE A LOS ARTESANOS E INDUSTRIALES.

AVISOS.

Para los avisos de este periódico, al de-
clarar el periodo de publicación, se debe
indicar el número de la columna en que se
publicarán los avisos, y el número de las
columnas que ocuparán.

CONTINUACION.

Se insertarán a precios convencionales, y los
de los artesanos y que sean de interés general,
gratis.
Para la inserción de avisos y de artículos
remitted, así como para todo lo relativo al pe-
riódico, dirigirse a un despacho.

Encom.—JUAN B. MARMOLEJO. LUIS G. RUBIN.

PLAGAS SOCIALES.

Si queremos que nuestro pueblo sea
un pueblo verdaderamente culto y mo-
derno, el desarrollo que nuestra patria
progresos en el sentido material; el anhe-
lamos, en fin, que los diferentes ramos de
riqueza pública y de adelanto intelectual
lleguen a ser un hecho, es preciso extir-
par lo más pronto posible algunas de las
muchas plagas que minan y desorganiza-
nan el cuerpo social.

Una de esas plagas es la vagancia,
gérmen de constante atraso y de funes-
tas consecuencias.

Es evidente que solo el trabajo es el
productor, el que engendra hábitos pro-
fios y de orden y el que es un poderoso
cooperador para la moralización de la so-
ciedad. Por el contrario, los brazos ocio-
sos, las inteligencias en la inercia, solo
pueden traer consigo hábitos de pereza,
planes maquiliados, y por consecuencia
inevitables, delitos y crímenes que con el
caos de la sociedad y la rápida pro-
paganda de la inmoralidad.

No nos detendremos a analizar las
causas que producen la vagancia, aunque
todas ellas pueden resumirse en una sola:
la falta de educación adecuada para evi-
tar costumbres perezosas, engendrar ese
amor al trabajo, y esa delicadeza que
hace al hombre bien educado, no comer
un pan que no haya regado con el sudor
de su frente.

Mas apartándonos, como antes hemos
dicho, de las causas que producen este
mal, el hecho es que, por desgracia, existe
muy extendido entre nosotros. Todos
los días vemos en los cafés, en las vías
públicas o saliendo de los garitos y ta-
bernas, multitud de individuos que en
nada se ocupan, y que por esto vienen a
ser una plaga para la clase trabajadora,
sobre la que pesan, directa ó indirecta-
mente, porque está fuera de toda duda
que el que no es productor y el solo con-
sumidor, gravita de alguna manera sobre

el que no lo es, disminuye en consecuencia
los medios de riqueza pública y de pro-
piedad general, y aumenta los obstácu-
los que se oponen al desarrollo de las ar-
tes y la industria, siendo además, un
constante mal ejemplo y una piedra de
causidado.

¿Cómo cortar de raíz este mal, que
aunque al parecer de poca entidad, es,
sin embargo, de funestas trascendencias?
Existe una ley sobre vagos, de la que no
estamos bien informados, pero que en-
tendemos debería ser más rigurosa. Esa
ley consigna los vagos a la autoridad
respectiva, la que, previa calificación, los
tiene en reclusión temporal, ó cuando más
los destina a las filas del ejército, lo que
es otro mal, puesto que no hay mejor es-
cuela que la milicia, para aumentar la
aversion al trabajo industrial y los hábi-
tos vagabundos y voluntariosos.

Es, pues, de desear que esa ley sea
más rigurosa, siendo al mismo tiempo
más amplia para alcanzar en su objeto
un satisfactorio resultado. Sería bueno
que se establecieran diversos talleres don-
de los vagos ejercitaran su oficio, y los
que no lo tienen obligados a aprender al-
guno. Aunque es cierto que en el Toc-
pan y en la cárcel pública existen tallo-
res que podrían servir para el objeto,
creemos que no son bastantes, ni los lu-
gares a propósito, porque ademas de que
la localidad no se presta para ello, sería
inconveniente mezclar a los simples va-
gos con los verdaderos criminales.

Es cierto que para emprender tal ma-
gnitud, son necesarios vastos elementos,
que tal vez no tenga por ahora el munici-
pío; pero por algo empiezan las gran-
des mejoras. Estableciendo un solo ta-
ller, y con una buena dirección, con sus
mismas utilidades se irían creando poco
a poco otros, hasta formar un inmenso
nicho de trabajo, donde se ejercitaran
diversas artes, y donde fuera a purifi-
carse y regenerarse esa masa ociosa del
pueblo, que es la gangrena de las socie-
dades.

De todos modos, si no es posible el es-
tablecimiento de esos talleres, urge per-
seguir y extirpar la vagancia, para que
al menos disminuyan sus funestas efec-
ciones. Esperamos que la comisión munici-
pal que tiene ingerencia en esa materia,
procurará con eficacia poner remedio al
mal que señalamos y que es una de las
terribles plagas que aquejan a nuestra so-
ciedad.

EL AYUNTAMIENTO—OBRERA MAYOR.

[Observaciones.]

Generalmente se cree que, al recibirse cada
año los sueros concejales, todo el mundo tiene
grandes esperanzas de que hagan algo nuevo
en favor de la población, y vemos a todo hijo
de vecino, y nosotros entre ellos, hacemos gran-
des ilusiones, porque parece que con solo re-
novar el personal del municipio, ya está sal-
vada la dificultad, sin comprender que no es
lo mismo querer que poder, pues aunque así
lo dice una máxima, sin embargo, puede aplicarse
en este caso uno de sus excepciones, porque
aunque vemos ingresar al municipio personas
llenas de muy buenas dotes para trabajar en
el bien público, salimos con que a lo mejor del
caso tropiezan con el escollo insuperable de
la falta de fondos y acaban como todos, en la
inercia y el abandono. De esta manera cada
año vemos defraudadas nuestras esperanzas al
ver que en todo se pisan los mismos en remediar
el mal que produce esa falta de fondos de que
antes hemos hablado.

Al señalar la falta de numerario como cau-
sa principal, no me crea que estamos en la per-
suasión de que las rentas municipales no son
bastantes para cubrir el presupuesto; pues en
nuestro humilde juicio, con una administra-
ción ordenada bastarían las rentas de que po-
demos disponer el Ayuntamiento para cubrir las
necesidades que reclama la población; necesi-
dades que, no se deben denegar. Nosotros
estamos en la inteligencia de que, así como el
individuo en la particular debe atender al
egreso, con el ingreso, si no quiere caer en
el desahucio, así los gobiernos y las corpora-
ciones deben hacer sus gastos con arreglo a
sus productos, pues de hacer lo contrario, da-
ría por resultado la bancarrota y el desmor-
timiento. El Ayuntamiento, penetrado de estas

verdades, debe introducir economías, pero ver-
daderas economías, para llegar a un resultado
permanente.

La Obrera Mayor, por ejemplo, tiene un lu-
go de empleados que a nuestro entender no
son necesarios y que por lo mismo pueden con-
siderarse como inútiles. Nosotros conocemos
hace algunos años en oficina y podemos ha-
blar con algún fundamento. Cuando la comi-
sión se compone de un sobrestante mayor
con cinco días de sueldo al mes, un escri-
biente con treinta, y un mozo bologuero y
suquero a la vez con quince, de manera que
con cinco cincuenta y cinco pesos y un cénti-
mo tan corto de empleados, estaba servida
la Obrera Mayor en sus labores; porque aun-
que el sobrestante mayor, según la opinión
de los inteligentes de aquella época nada sabía,
sin embargo era hombre de acción, era hom-
bre de trabajo, no era empleado de oficina, si-
no que estaba listo desde el amanecer y no dis-
ponía mas que del tiempo necesario para tomar
sus alimentos, empleando el resto del día en
visitar los trabajos; el escribiente estaba en el
lugar de su destino a las seis de la mañana,
allí comía y no se separaba muchas veces has-
ta las ocho de la noche, y de esta manera la
oficina, d lo que se quiera llamar, estaba aten-
dida de un modo económico y conveniente.

Este sistema se observó hasta el año de
1863, en que vino la fatal administración de
D. A. L. de Baste-Anna, y queriendo esto des-
tinar colocar a un pariente suyo, creó la plaza
de administrador general de obras públicas, do-
tado con tres mil pesos anuales. Este adminis-
trador aunque persona muy recomendable, nada sa-
bía en materia de obras para disponer los traba-
jos con acierto, y por esto motivo hubo necesi-
dad de nombrar un sobrestante mayor; mas co-
mo el administrador general no podía calificar los
actos de este sobrestante y sus subordinados, se
creó necesaria otra persona, y vino la plaza de
interventor. Todos estos empleados eran perso-
nas de categoría, y de consiguiente se hizo in-
dispensable nombrar dos escribientes, para que
llevaran la contabilidad en lugar de uno que
existía. Vino después el nombramiento de
guarda-almacenes con sus correspondientes
subalternos, y lo que antes era nada mas que
un simple despacho, se convirtió en una ofi-
cina con una planta de empleados secundarios.
Esta nueva planta siguió en tal estado hasta
el año de 1861, en que cambió el gobierno, y

en consecuencia cambiaron también las perso-
nas, y solo se creó nuevamente el sobrestante
a los empleados con otro nombre, puesto que lo
que antes era administrador general se llamó des-
pués inspector, y además se dividió en varios
ramos la oficina, para relevar a la cabeza de cada
uno, un jefe con sus correspondientes subal-
ternos, y como por añadidura entre escriben-
tes dibujantes. Actualmente existe con poca
diferencia la misma planta; y las empresas se
ocupan en trabajar y desperdiciar sus la-
bores de una manera inconsciente, nada ten-
dremos que decir, pero nos encontramos con
que la mayor parte del año se están sin hacer
nada, no por falta de voluntad por supuesto,
sino porque no habiendo dinero para emprender
obras, no tienen en qué ocuparse; y siendo así,
no ganan el sueldo que reciben. Por esta razón
debería suprimirse la mayoría de las em-
pleadas de la referida oficina, para que se sa-
grara las áreas municipales con tener un gasto
anual que no debe hacerse.

Los males que hemos señalado nos parecen
que no pueden remediar estableciendo el siste-
ma de contratos que es lo que generalmente se
usa en otras partes como mas económico; y
una vez adoptado este sistema, se puede supri-
mir la oficina y dejar solo un director general
que se ocupe en regular a los trabajos de las con-
tratistas según los arreglos de su contrato; un
escribiente para llevar la contabilidad necesaria
y para la conservación y trabajos ligeros de
empresas; una cuadrilla de obreros que se llama-
ría cuadrilla de conservación con un sobrestante
inteligente y que cuida regularmente el trabajo.
Con lo expuesto, nos parece que podrá re-
mediarse un mal que por tantos años ha estoi-
do pasando sobre la población, para la econo-
mía que resulta, nos parece que no es de des-
preciar.

No tenemos la pretensión de creer
que con lo que llevamos dicho será un reme-
dio eficaz; pero solamente cumplimos con ex-
poner una idea que tal vez sirva para el Ayun-
tamiento, puede ponerse en práctica y venir a
dar un resultado brillante. No escribimos mas
que guiados por el deseo que animó a todo
ciudadano por el mejoramiento de su país, y
en este concepto pensamos seguirnos ocupando
de los varios ramos de la administración mu-
nicipal, por ser los que concierne, y porque
sabemos que al distribuir los intereses de
la población, se practique de una manera
económica y conveniente.—Un subalterno.

40